

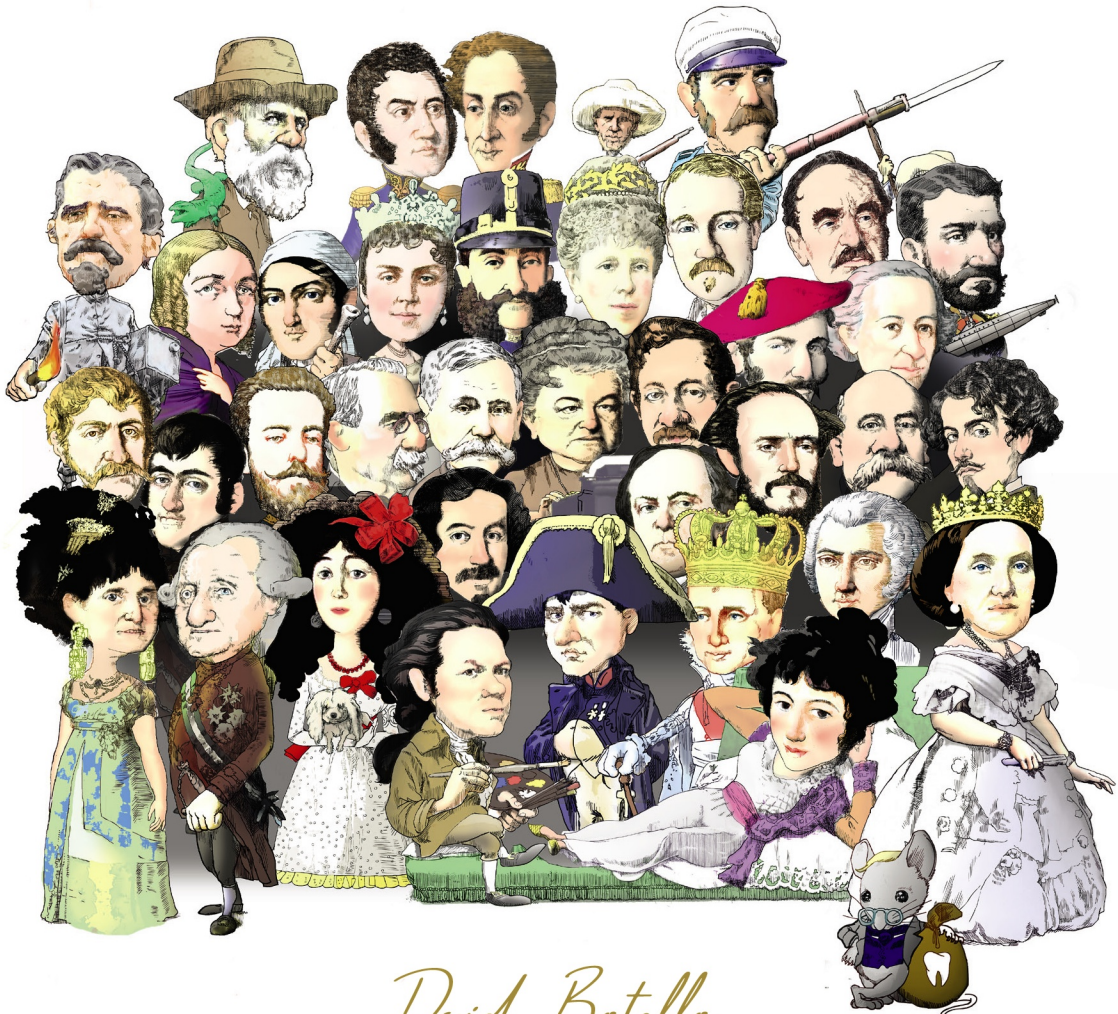
OBERON

FOLLONES

amoríos, sinrazones,
ENREDOS, TRAPICHEOS

y otros tejemanejes

del SIGLO XIX



David Botella

FOLLONES
amoríos, sinrazones,
ENREDOS , TRAPICHEOS
y otros tejemanejes
del **SIGLO XIX**

DAVID BOTELLO

OBERON

Primera edición, septiembre 2019
Segunda edición, febrero 2020

Responsable editorial: Susana Krahe Pérez-Rubín

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © Copyright de los textos: David Botello
- © Ilustración de cubierta: Xurxo Vázquez
- © Fotografía de cubierta: Refresco.tv

© EDICIONES ANAYA MULTIMEDIA (GRUPO ANAYA, S.A.), 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M.26.265-2019
ISBN: 978-84-415-4166-5
Impreso en España

ÍNDICE

PARA IR ABRIENDO BOCA	11
LA ESPAÑA DE 1788	15
1788-1808. CARLOS IV, EL BUEN REY BONACHÓN	21
UN AMIGO INCORRUPTIBLE	33
NADANDO ENTRE DOS AGUAS	45
LOS JALEACOS CON LA CORTE NAPOLITANA	65
LA MISTERIOSA MUERTE DE CAYETANA DE ALBA	69
EL BODORRIO REAL	77
C4 Y LA CIENCIA: LA EXPEDICIÓN FILANTRÓPICA	83
LA DIABÓLICA SIERPE	89
AJIPEDOBES. LOS LIBELOS DE FERNANDITO	93
OTRA VEZ EN GUERRA	99
LA CONJURA DEL ESCORIAL	117
1808-1808. PRIMER REINADO DE FERNANDO VII, EL GOLPISTA ...	127
RUMBO A BAYONA	137
DOS DE MAYO	147
LA DOBLE TRAICIÓN DE BAYONA	155

1808-1813. JOSÉ I. PEPE BOTELLA, EL HERMANÍSIMO	159
JOSÉ I ENTRA EN MADRID	175
JOSÉ I INTENTA SALVAR LOS MUEBLES	197
EL FINAL DE LOS BONAPARTE	213
LOS INDEPES DE AMÉRICA	223
1814-1823. SEGUNDO REINADO DE FERNANDO VII	235
1820-1823. RIEGO Y EL TRIENIO LIBERAL	245
1823-1833. LA DÉCADA OMINOSA	251
1833-1840. MARÍA CRISTINA ME QUIERE GOBERNAR	265
EL ROMANTICISMO	283
EL TIGRE DEL MAESTRAZGO	299
EL PELIGRO DE ESPARTERO	323
1840-1843. REGENCIA DE ESPARTERO	331
ISABEL II, LA DE LOS TRISTES DESTINOS	341
EL SEXENIO DEMOCRÁTICO	357
ALFONSO XII Y LA RESTAURACIÓN	369
LA REGENCIA DE MARÍA CRISTINA II	377
BIBLIOAGRADECIMIENTOS	391

A Esther, Candela y Diego, desde debajo de la piel.

España es el país más fuerte del mundo: los españoles llevan siglos intentando destruirlo y no lo han conseguido.

OTTO VON BISMARCK

Es absurdo que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desconoce.

EMILIA PARDO BAZÁN

Razón y verdad nunca envejecen.

MANUEL GODOY

La historia no se repite, pero rima.

MARK TWAIN

El siglo XIX es un jaleo

MATSURO KUNOTSO

PARA IR ABRIENDO BOCA

El siglo XIX es un jaleo. Pasan demasiadas cosas, pasa en todo el mundo más o menos a la vez y todo parece muy confuso. De repente, el Antiguo Régimen se desmorona. El sistema de toda la vida ya no vale. Y hay que cambiarlo por otro.

Este cambio genera una enorme tensión entre los que quieren cambiar las cosas y los que no quieren que cambien.

Así como por resumir, el primer protagonista del conflicto es la burguesía, muy pendiente del cambio político que se ha puesto en marcha tras la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa y el cambio cultural que supone el triunfo de la Razón y de la mentalidad científica. La burguesía es capaz de aprovechar todos estos cambios para pedir que le dejen entrar en el cotarro del poder.

Esta tensión se relaja cuando la burguesía empieza a hacer buenas migas con la Corona, la Iglesia y la aristocracia. El resultado más evidente de esta nueva pandilla es la Revolución Industrial, que debemos a la burguesía.

Lo que pasa es que no todo va a ser tan fácil.

El pueblo llano, de repente, tiene un papel activo a lo largo del siglo que nunca antes ha tenido. Por primera vez, toma conciencia de sí mismo. Y también se pregunta: ¿qué hay de lo mío? Sobre todo cuando, a raíz de la Revolución Industrial, empiezan a trabajar en las fábricas, en unas condiciones que están muy malamente. Y, entonces, los obreros quieren formar parte del chiringuito del poder y asistir con voz y voto al lugar donde se toman las decisiones.

Para que todos estos cambios prosperen, los reyes tienen que pegarse un tiro en el pie, dejar de dirigir el destino de los pueblos y ceder el testigo a las Cortes. O lo que es lo mismo, hay que superar el principio de autoridad monárquica y cambiarlo por el de soberanía nacional.

Aquí empiezan a surgir un millón de preguntas. ¿Quién elige a los tipos que van a las Cortes? ¿Cómo se eligen? ¿A quiénes representan? ¿Hasta dónde llega su poder? ¿Qué pueden hacer y qué no pueden hacer? ¿Cómo se toman las decisiones? ¿Quién decide lo que hay que hacer? ¿Cuál es la mejor manera de organizar el Gobierno?

Y si los reyes ya no gobiernan, ¿para qué sirven? ¿Qué hacemos con ellos? ¿Les dejamos una parcelita de poder? ¿Los convertimos en un elemento decorativo? ¿O nos los quitamos de encima y nos montamos una república?

Estas son las grandes preguntas que sirven de motor de (casi) todos los conflictos del XIX. Durante todo el siglo, todos los países europeos intentan contestarlas con mejor o peor fortuna. Porque no hay una respuesta correcta.

Algunos, como Francia, se convierten en una república, porque no necesitan un rey que les diga lo que tienen que hacer. Otros, como Inglaterra, se transforman en una monarquía parlamentaria, donde el poder del rey está sometido a las Cortes.

España traza su propia hoja de ruta: durante la guerra de la Independencia, Napoleón sienta en el trono a su hermano José I, los liberales levantiscos promulgan en Cádiz la Constitución de 1812, ¡viva la Pepa!, y el pueblo y los privilegiados reclaman la vuelta de Fernando VII y el absolutismo, ¡vivan las *caenas*! Y eso solo es el principio.

El XIX español es un jaleaco de tal calibre que seguimos sin solucionarlo. Contestar todas las preguntas está siendo una tarea larga y dolorosa.

A día de hoy, el precio que hemos pagado para dejar atrás el XIX ha sido una guerra de la Independencia, tres guerras carlistas, tropecientos revoluciones, una guerra civil, dos repúblicas, un número exageradamente indeterminado de pronunciamientos, motines y golpes de Estado, tres dictaduras, cuatro regencias, dos monarquías de nuevo cuño, cinco magnicidios, dos restauraciones, tres dinastías, siete Constituciones, dos Estatutos, unas Leyes Fundamentales del Reino, una Transición, cuarenta años de democracia y muchos muchos follones, amoríos, sinrazones, locuras, enredos, trapicheos y demás tejemanejes.

La conspiración de las malas lenguas que arruinó la imagen de Carlos IV; los amoríos escandalosos de Godoy con la *Maja desnuda*; los tejemanejes de Fernando VII para echar a su padre del trono; la guerra que le ganamos a Napoleón; los expolios que organizaron los franceses de Pepe Botella; los aires indepes de los españoles de América; las arrebatadas vidas de los románticos; las despropositadas guerras carlistas; las trampas, las conspiraciones y los chanchullos de María Cristina I; el marrón que se comió Espartero cuando le hicieron regente; los trapicheos del marqués de Salamanca con el marido secreto de María Cristina y el presidente Narváez; los bastardos de Isabel II y todos los despropósitos de su Corte de los Milagros; los enredos que se organizaron para dar matarile a Prim; las sinrazones que obligaron a marcharse a Amadeo de Saboya; los dos pronunciamientos que dieron la estocada final a la I República; los amores trágicos, inconvenientes y complicados de Alfonso XII; o los batacazos imperiales de María Cristina II. Más o menos.

Es un precio muy alto para darle la espalda al siglo XIX. Un siglo en el que España perdió un imperio, pero ganó una nación; en el que dejamos de ser vasallos para convertirnos en ciudadanos; en el que el poder absoluto fue derrocado por la democracia.

Aquí te dejo mi granito de arena. Un intento ameno, divertido y documentado para explicar, a partir de un montón de anécdotas, lo que, aparentemente, es inexplicable. Una breve historia de España, desde que aparece Godoy hasta que se pierde Cuba.

La mejor manera de meterte en el siglo XIX sin perder la cabeza.

Ni la sonrisa.

LA ESPAÑA DE 1788

CARLOS III

Carlos III es un señor con peluca que, en 1788, está de rey de España. Dicen que dice: «Primero Carlos que rey», lo que le convierte en el primer ejemplo típico de Borbón campechano.

Antes de reinar en España, se hizo un Erasmus de veinticinco años en el trono de Nápoles, tan a gustito. Le sacaron de golpe de los placeres de Italia para suceder a su hermano, Fernando VI...

De Fernando heredó la corona, la política de reformas y unas cuentas del reino más bonitas que un san Luis. Vamos, que le tocó el gordo.

Quería que en España se viviera mejor. Así que se trajo de Francia el espíritu de la Ilustración, se rodeó de ministros gafapastas, tal que Floridablanca, Olavide o Campomanes, y se puso a reformar el país como si no hubiera un mañana. ¡Todo por el pueblo, pero sin el pueblo!

Al principio, se lo curró. Potenció la obra civil, renovó la Armada y la agricultura, fundó Correos y la lotería, creó una ayuda para atender a las viudas y a los huérfanos de guerra, creó un plan de estudios universitarios moderno y la Escuela de Artes y Oficios y se trajo de Nápoles la cultura de los belenes...

Lo que pasa es que estaba como loco por devolver a España su lugar en el mundo, y se metió en más jaleos internacionales de los que convenían: que si las trifulcas con Inglaterra, que si la guerra de los Siete Años entre Prusia y Austria, que si la guerra de Independencia de los Estados Unidos...

Pero lo peor es que, para tener la fiesta en paz en casa, los grandes de España y los obispos le exigen que se deje de reformas y que se acuerde de qué hay de lo suyo.

Total, que entre unas cosas y otras, ha dejado tiritando el tesoro público, ha buscado el apoyo de los de siempre a cambio de sus privilegios y ahora estamos en tiempo de recortes presupuestarios.

Así que en 1788 España sigue estancada en el Antiguo Régimen. No es fácil acabar con la Inquisición o con los privilegios de la Iglesia y de la aristocracia, esas cositas que apestan todavía a Edad Media.

Por si fuera poco, las luchas por el poder del imperio de Carlos III están a la orden del día. Los aragoneses del conde de Aranda y los golillas de Floridablanca están que se matan.

Una herencia envenenada que dará mucho juego...

ARAGONESES VS. GOLILLAS

El conde de Aranda, chunda, chunda, es el pez gordo del partido aragonés, formado por aristócratas de rancio abolengo, fundamentalmente aragoneses, con algo de reformistas. Así, un poco a vuelapluma, lo que pretenden es que el rey ceda una parte de su poder absoluto y lo deje en manos de un Gobierno capitaneado por la aristocracia.

Incluso, ya puestos, sueñan con recuperar las instituciones de Aragón de antes de los Borbones.

Aranda es veintitrés veces noble, dos veces grande de España, gran exponente de la Ilustración española, capitán general, embajador, virrey de Valencia y presidente del Consejo de Castilla. Es bizco, narigón y camina de medio lado, pero tiene mucho tirón con las mujeres. La erótica del poder...

Es un tipo muy inteligente que, cuando le han dejado meter mano en el Gobierno, lo ha hecho la mar de bien. Entre sus grandes éxitos están la fundación de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza, una de las más importantes de España. También se le debe el primer censo español, uno de los primeros de Europa. Y, en modo emprendedor, es dueño de la primera fábrica de porcelana de España, aprovechando la herencia de unos hornos en Alcora.

Es tan grande que hasta Voltaire le piropea: «Con media docena de hombres como Aranda, España quedaría regenerada».

Lo que pasa es que, un buen día, metió la pata y le mandaron de embajador a París. Allí sigue. Y desde allí conspira todo lo que puede para acabar con Floridablanca y sus golillas.

Floridablanca se llama José Moñino y Redondo. Es quien maneja el cotarro del Gobierno, capitaneando a sus golillas, una banda de funcionarios de carrera muy preparados que defienden el centralismo y el poder de la Corona frente a la aristocracia, el clero y el papa.

En premio a sus servicios durante el motín de Esquilache y a su papel en la expulsión de los jesuitas, Carlos III le nombró conde de Floridablanca.

Más tarde, se le ocurrió que, para tocar las narices a los ingleses, había que apoyar a las colonias rebeldes durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos. Luego, por participar en esa guerra, se recuperó Menorca y Florida, pero no conseguimos recuperar Gibraltar. Otra vez será...

Como te puedes imaginar, Aranda y Floridablanca se llevan reguleras tirando a odio mortal. Carlos III capeó el temporal entre los dos bandos como buenamente pudo.

Hasta que, un buen día, María Luisa dijo que el protocolo de la corte se le hacía bola. La tenían tan marcada que las damas de compañía se metían con ella incluso en el retrete.

Para liberar un poco la presión, Carlos III se tiró el pisto y le dio permiso para montarse una tertulia en su cuarto.

Y allí empezaron los jaleos.

LAS VELADAS NOCTURNAS DE MARÍA LUISA

A medida que Carlos III iba siendo un rey viejuno, los buitres de la corte empezaron a revolotear alrededor de Carlitos, el heredero, tomando posiciones, esperando que la corona cambie de cabeza. Un clásico.